

RESEÑAS

Michael Polanyi (2017). *Science, Faith and Society*. S. I.: Andesite Press. 86 páginas ¹

Introducción. Indudablemente, la epistemología moderna ha tenido un impacto profundo en la forma en que los cristianos ven sus creencias fundamentales (Kirk, 2007, p. 1). A partir del triunfo del racionalismo y del empirismo del siglo XVII, la teología cristiana quedó reducida a mera especulación sobre opiniones y valores. Nació la dicotomía «hecho-valor», «objetivo-subjetivo», y la ciencia físico-matemática se asoció con el descubrimiento de las «verdades del universo», mientras las ciencias religiosas, la filosofía y las humanidades eran confinadas al ámbito de los valores —«importantes, discutibles y llenos de significado» (Putnam, 1994)—, pero nunca «verdaderos».

En la primera mitad del siglo XX, el polímata húngaro-británico Michael Polanyi (1871–1976), en varios escritos —pero particularmente en *Ciencia, fe y sociedad*—, desafió esa dicotomía con una serie de argumentos que prueban que no existe realmente solución de continuidad entre lo que llamamos «hechos» y a los que nos referimos como «valores»; que la tradición científica —a partir de la cual se juzga qué es y qué no es «científico»— es una

¹ Esta es una reimpresión del texto original, publicada por Oxford University Press en 1946.



tradición de valores que no tienen más legitimidad que los morales, estéticos o religiosos. Como diría el filósofo estadounidense Hilary Putnam, nuestros criterios de validez, verdad y valor son humanos; todo conocimiento es humano. Las ciencias positivas no son formas de conocimiento privilegiado, que hagan uso del lenguaje pretendido por la naturaleza. Esto no significa, desde luego, que todo conocimiento valga lo mismo; hay mejores y peores descripciones de la realidad, aunque los criterios con los cuales decidimos qué es mejor también sean humanos.

A continuación, haré un análisis de *Ciencia, fe y sociedad*, en el que expondré los argumentos en los que Polanyi apoya sus tesis. Esta es importante, porque arroja luz para alcanzar una mejor comprensión del complejo entrelazamiento entre ciencia, valores, creencias, fe y autoridad. Por mi parte, sostengo que esa comprensión realista y humilde del proceso de conocimiento y de descubrimiento otorga al científico la perspectiva adecuada para valorar en su justa dimensión la experiencia moral y religiosa, en la que también se mezclan hechos, valores, experiencias y conocimientos. Como dice Aristóteles al comienzo de su *Ética*: «Un espíritu ilustrado no debe exigir en cada género de objetos más precisión que la que permita la naturaleza misma de la cosa de que se trate; y tan irracional sería exigir de un matemático una mera probabilidad, como exigir de un orador demostraciones en forma» (Aristóteles, 1094b).

La tesis y las razones de Polanyi. En un artículo de 1961, Polanyi hace ver cómo Guillermo de Ockham «terminó con la Escolástica al declarar que la fe y la razón eran incompatibles entre sí y que deberían ser mantenidas separadas» (Polanyi, 1961, p. 238). Algunos siglos después, John Locke declaraba que «la fe ya no debería ser respetada como fuente de una luz superior que revela un conocimiento fuera de los límites de la observación y la razón; en su lugar, [la fe] debería ser considerada como la aceptación personal de lo que no puede demostrarse racionalmente» (Polanyi, 1961, p. 238). Este es el origen de la dicotomía hecho-valor, que alcanza su apogeo en el positivismo lógico de inicios del siglo XX.

Michael Polanyi fue uno de los primeros filósofos y científicos en darse cuenta de que «lo que la ciencia necesita es un nuevo enfoque que supere la perniciosa división entre sujeto y objeto, mente y materia, pensamiento y experiencia, y recupere la unidad

natural del conocimiento» (Torrance, 1980, p. xv). El núcleo de la tesis de Polanyi es, en cierto sentido, idealista: solo para un sujeto tiene sentido un «objeto». «Se olvida que solo la persona es capaz [...] de distinguir aquello que sabe de sus estados subjetivos, y de esta forma apreciar la contribución del pensamiento humano a la experiencia, de manera que solo la persona puede realizar operaciones verdaderamente científicas y objetivas» (Torrance, 1980, p. 15). Por eso afirma Polanyi que «debemos volver al proceso por el que usualmente establecemos, por primera vez, la realidad de ciertas cosas» (Polanyi, 2017, p. 10). Con otras palabras: todo lo «objetivo» está como «filtrado» por lo «subjetivo»; se afirma el objeto desde el sujeto. No existiría lo primero sin lo segundo. La noción misma de «realidad», como «aquello que no depende de lo que tú y yo pensemos», tiene sentido cuando se *piensa* que es aquello independiente del pensamiento. «El rastro de la serpiente humana está por todas partes» (James, 1995).

Lo anterior nos lleva a concluir que «la experiencia objetiva no nos obliga a escoger entre [...] la interpretación científica y la interpretación teológica de la realidad; puede favorecer a una de ellas, pero la decisión solo puede encontrarse mediante *un proceso de arbitraje en el que se sopesen formas alternativas de satisfacción racional*» (Polanyi, 2017, p. 14). Ese «proceso de arbitraje de satisfacción racional» es moral, no científico. La ciencia no puede ser juez y parte. Los criterios con los que decidimos qué es racional o científico son creación humana (no nos han sido revelados por la naturaleza o entregados por la divinidad). Se ve por qué, para Polanyi, la famosa separación entre hechos y valores no tiene sentido, es falsa.

¿Quiere decir, entonces, que no existen los hechos, sino solo interpretaciones? No. Los hechos sí existen, como también existe la objetividad y la verdad. Precisamente, el modo humano de aproximarnos a la realidad consiste en distinguir entre hechos e interpretaciones. Las leyes matemáticas y físicas son hechos; la muerte es un hecho biológico, así como la guerra y las catástrofes naturales. Pero la fría descripción del patólogo de las causas de la muerte de un ser querido no es más verdadera, por científica, que mi pesar. Una fórmula química no nos revela mejor la realidad de la vida de un insecto que un poema; tampoco se ha podido escribir la fórmula del amor. La distinción entre hechos y valores es sana, pero con la condición de que no olvidemos que no existen separados.

Es indudable que la ciencia y la técnica han desempeñado un papel crucial en el desarrollo material de las civilizaciones. Sin embargo, afirma Polanyi, «nuestra creencia en la ciencia debe ser vista como una instancia de convicciones más amplias» (Polanyi, 2017, p. 7). Como dijimos arriba, la ciencia no se autojustifica. ¿Por qué consideramos, por ejemplo, que las teorías científicas deben ser simples? La brevedad y la sencillez son marcas de la verdad científica...; ¿qué clase de «criterio científico» es este?

Pero consideremos por un momento el bienestar material que nos han traído la ciencia y la técnica. ¿Cuál es el sentido del mismo? ¿Para qué queremos el confort? Después de tanto progreso, ¿somos mejores personas que los atenienses del siglo de Pericles? ¿En qué consiste el progreso? La respuesta a estas preguntas no puede ser científica. Ni siquiera el científico más agnóstico y antifilosófico que podamos imaginar puede hacer ciencia sin una concepción del bien para el hombre, sin un sistema de creencias y de valores. Aun quien dice trabajar solamente «por amor al arte» o al conocimiento está implícitamente admitiendo que conocer la verdad es mejor que permanecer en la ignorancia. Como decía el buen brahmán de Voltaire, es preferible ser un sabio triste que un idiota feliz.

Considerando las cosas desde este punto de vista, no podemos decir que la ciencia y la fe se contrapongan. «El justo —dice la Sagrada Escritura— vive de fe» (Hb 10:38); el científico también vive de fe... en la ciencia. Pero esa ciencia, que él considera lo más puro que existe, también presupone una fe en los principios y el método que no puede ser puesta en duda (Polanyi, 2017, p. 31), so pena de quedar excluido de la comunidad de científicos. La iglesia tiene su tradición y su autoridad; así también, la ciencia. No se puede ser un científico «independiente» que tenga sus propios métodos, sus propios criterios de aceptabilidad y de evidencia, y que se niegue a someter al escrutinio de sus colegas sus descubrimientos. Lo mismo que en cualquier religión... Algo semejante se puede decir del proceso de formación de un científico y de la transmisión en la fe: ambos dan por sentada la autoridad del maestro. Es llamativo que el fundador del positivismo, Augusto Comte, quien veía en la religión un estado evolutivo que era preciso superar para llegar al estadio científico o racional, haya terminado haciendo de su doctrina una iglesia de la cual se constituyó pontífice máximo.

Conclusión. Michael Polanyi anticipó la crítica neopragmatista al positivismo². Su aporte principal en este campo lo resume bien Torrance: Polanyi «mostró que la actividad científica —de hecho, toda actividad racional— opera dentro de una relación entre fe y razón similar a la que se encuentra en la teología cristiana en su movimiento de investigación de la fe a la comprensión» (Torrance, 1980, p. xvi).

También es importante señalar que, para Polanyi, la sumisión a una realidad trascendente, espiritual, lejos de ser una amenaza a la independencia y a la integridad de la ciencia, es su mejor baluarte. La ciencia prospera cuando hay fe en la verdad y en el poder de la razón humana para desentrañar los misterios de la naturaleza, y cuando sus resultados se aplican al mejoramiento de las condiciones de vida de los seres humanos y a la preservación del mundo que se nos ha confiado.

La dicotomía hecho-valor, tan artificial como falsa, debe ser abandonada para dar paso a una comprensión holística del proceso del conocimiento humano, en el que se entremezclan la práctica, la experiencia, la teoría, el método, los valores, la fe, la autoridad y la tradición. No hay solución de continuidad entre hechos y valores; ninguno es más portador de «verdad» que el otro.

Moris Polanco

Referencias

- Aristóteles. *Moral a Nicómaco*. Recuperado de <http://www.filosofia.org/cla/ari/azc01003.htm>
- James, W. (1995). *Pragmatism*. New York: Dover Publications.
- Kirk, J. A. (2007). *The future of reason, science and faith: Following modernity and post-modernity*. Aldershot: Ashgate.
- Polanyi, M. (1961). *Faith and Reason*. *The Journal of Religion*, 41(4), 237–247.
- Polanyi, M. (2017). *Science, Faith and Society*. s.l.: Andesite Press.
- Putnam, H. (1994). *Las mil caras del realismo*. Barcelona: Paidós.

² Quien más ha atacado la dicotomía hecho-valor desde una perspectiva pragmatista, ha sido el filósofo de Harvard Hilary Putnam (1926-2016).